

NOTAS PARA UN DEBATE SOBRE EL ESTADO

Arturo GONZÁLEZ COSÍO

Más allá de lo que algunos denominan el fracaso de las grandes teorías, en plena quiebra de mitos y modelos, en el auge de la incomunicación y la ambigüedad, tenemos que reconocer lo que significó el Estado para la sociedad europea en el largo camino de su existencia, desde el Renacimiento, en las ciudades italianas del siglo XV, la unidad colectiva abstracta de Prusia de los Hohensollern de 1640 a 1786, y en el breve aliento del Estado total en los años que van de 1920 a 1945 —Schmitt—.

Transcurre el concepto Estado a partir de la “tecnicidad” de Maquiavelo, pasa por el Estado de derecho de Bodino, lo recoge Rousseau en función de la voluntad general y la ley, lo fundamenta Kant en la posibilidad de un marco ético individual, con rango universal, y Hegel lo propone como “realidad de la libertad concreta” y “plenitud de la idea moral”.

El Estado es la institución que propicia el desarrollo y la integración de las naciones en Europa durante el siglo XIX. Se conforman bajo sus banderas los imperios coloniales de Inglaterra, Francia, Bélgica, Holanda y Alemania, con un formidable marco conceptual. Desemboca en las dos guerras —llamadas mundiales— que propician, según Nolte, la sangrienta guerra civil europea entre el nazismo y el bolchevismo.

Mientras que en Norteamérica, paralelamente, se edifica un Estado distinto, pluriétnico y, ya desde entonces, instancia de dominación que alienta los conflictos ajenos y deja en manos de los países pequeños el manejo de los asuntos menores, expropiándoles las determinaciones estratégicas. Este nuevo tipo de denominación recoge la ex-

perencia del imperio inglés para llevarla a una inteligente y más completa aplicación que anuncia su presencia también en el tercer milenio. Es en síntesis una mezcla de puritanismo y espíritu corsario.

Las naciones que se independizaron a principios del siglo XIX, al igual que las que accedieron a este afán de libertad e identidad después de la segunda Guerra Mundial sin una sociedad que los auspiciara, han buscado en el Estado nacional la vía que los condujera a su desarrollo. Se le consideró así paradigma y arquetipo que podrían romper las viejas cadenas de la dependencia colonial; pero ninguno de estos países pudo realmente lograrlo. Se han denominado al paso de los años como repúblicas representativas, democráticas y soberanas, sin jamás serlo, con humor negro o cinismo.

Otras alternativas que parecen tener hoy los países subdesarrollados en su anhelo de independencia son la industrialización y la modernización que los orienta hacia las estrategias globalizadoras del mercado mundial. Tampoco estos reformismos significaron una solución, pues solo fueron pretexto para el enriquecimiento de las elites locales. Predominaron el despotismo, la corrupción y un intento inútil de proseguir, casi mecánicamente, con los gestos de imitación extralógica que quieren convertir de pronto a pequeños países en “potencias medianas”. Se destruyeron las estructuras propias que les habían permitido sobrevivir, sumiéndolos en mayores miserias, pues les alteraron el modesto camino que llevaban, para ahogarlos en un “agobiante círculo cerrado” de problemas más agudos.

Ni el socialismo, ni el facismo, ni el capitalismo resultaron recetas aplicables a los países que querían construir, a través de movimientos revolucionarios, un nuevo y propio aparato de dominación que guiara al pueblo a la solidaridad y al desarrollo.

El hombre del mundo griego encontró en la *polis* su identidad fructífera —Finley—, el ciudadano romano se sentía obligado por la “virtud” a participar en la *res publica* —Kahler—; el hombre del medioevo fluía existencialmente en la gran pirámide escolástica —Santo Tomás—. Hoy el hombre, con las teorías desvencijadas y el pragmatismo desnudo, tienen que asumir un capitalismo desvinculado de cualquier ilusión de unidad, dependiente y frágil, a expensas de una globalidad no por tácita menos implacable.

Vivimos en el “Estado de excepción” cotidiano. Somos gobernados por decretos distintos cada día —desechables—, dictados más por un “tirano” que por un “comisario”, a quien nadie le ha encargado alguna tarea concreta de dominación. Obedecemos leyes aprobadas sin consulta y de antemano, que se cambian sin dificultad, según la coyuntura externa lo requiera.

Formamos una sociedad disgregada en la que esporádicamente nos ponemos de acuerdo sobre realidades inaccesibles. Somos ciudadanos diluidos y asumimos compromisos que da igual si se cumplen o no, en tanto se mantengan vigentes los intereses de las esferas internacionales de poder.

Ante la imposibilidad de la utopía de un cauce moral que involucre a todos se requiere, nuevamente, otra “tecnicidad” al estilo de Maquiavelo, pues se han convertido los poderes Legislativos, antes fuente de la ley, en meros órganos mecánicos de legitimación que actúan por necesidades materiales del momento, sin una racionalización que los comprometa a dignificar la vida del hombre.

Somos un mundo que se organiza desde los puntos “circulares” de dominación que establecen las transnacionales, de contenidos intercambiables y valorizaciones *ad hoc*. Llamamos hoy “sociedad civil” a un “foquismo político” pulverizado que es el resultado del triunfo del capitalismo. Paraíso del individuo en el que sin embargo éste ya no funciona, porque su voluntad es contradictoria, su naturaleza mutable y en una continúa disposición interna para aceptar la inercia, la satisfacción precaria de lo inmediato; sujeto a un mando que utiliza y regula, incluso la rebeldía.

Ante la angustia de los pueblos empobrecidos y desesperados, proponemos caminos que parecen sencillos y accesibles, siempre y cuando se tuvieran por lo menos “tiempo” y “recursos” y es precisamente de lo que carecen la inmensa mayoría de los países en la actualidad. Por ejemplo, sería inútil para México —como para tantos otros países— tratar de reconstruir al Estado nacional en un contexto exterior que se lo impide y con un tejido social que no lo sustenta, sólo por un empeño nominalista.

La globalización viene a ser simultáneamente marco de referencia y presea de los triunfadores. Para los países desarrollados es un esquema práctico-teórico que justifica la dependencia de los demás y

para la inmensa mayoría es, meramente, una vinculación novedosa que no alivia las penurias ni garantiza las perspectivas de un futuro.

Siguen los pueblos anhelando al Estado, aunque sea ya sólo una posibilidad anacrónica de articularse, una manera de proseguir la búsqueda de una sociedad abierta en la que el hombre se rija por valores propios, en la que, quizá, algún milagro maravilloso logre, siguiendo la terminología de Rousseau, que todas las “voluntades particulares” adquieran el mismo signo de la “voluntad general”. Queda también la opción de la tribu, el regreso a la comunidad inicial, a las luchas étnicas —Maffesoli—.

Cada vez está más lejos el hombre de ser aquel individuo que aceptaba la disciplina moral de pertenecer a una cultura y por lo tanto a una sociedad. Agota su teleología en la visión que le otorga la multiplicidad de medios disponibles, tan variados y omnipotentes que no requieren dirigirse a objetivo alguno.

¿Estaremos ante un nuevo sistema de poder impersonal y no territorial ejercido por unos cuantos dueños de toda la información que confunden la realidad “real” con la virtual?

¿Este círculo invisible y prepotente da a la dominación y a sus atributos sólo una dimensión estética como lo vislumbra Nietzsche, sin importarle si los que obedecen entienden o identifican siquiera las finalidades del proceso?